

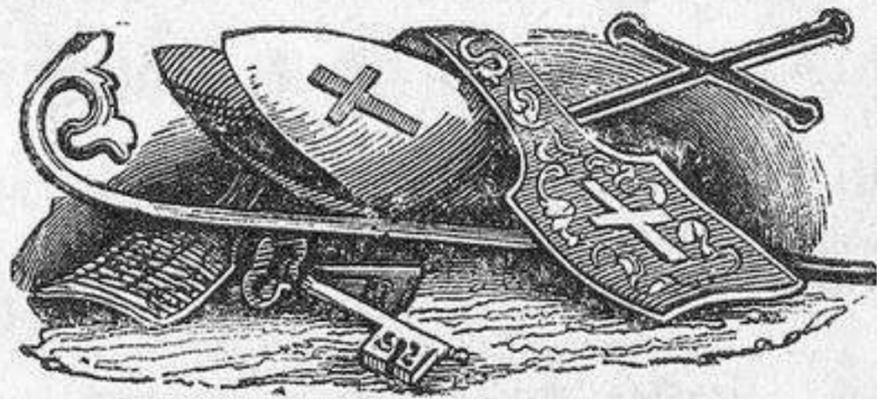
# CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SEÑOR

**DON JUAN IGNACIO MORENO,**

**OBISPO DE OVIEDO,**

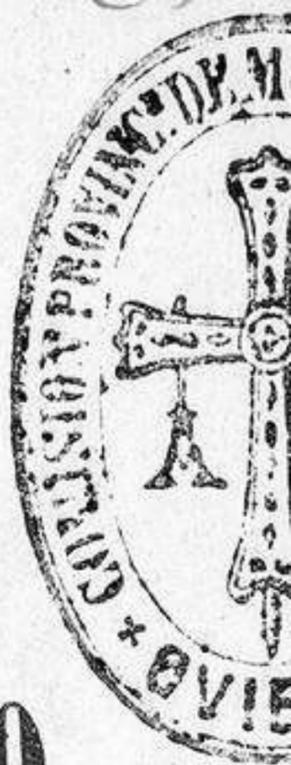
**dirige á sus diocesanos el dia de su entrada  
solemne en la capital de su diócesis.**



**MADRID:**

IMPRESA, FUNDICION Y LIBRERIA DE D. EUSEBIO AGUADO.—PONTEJOS, 8.

—  
1858.



A. 1281206076





# Nos EL DOCTOR DON JUAN IGNACIO MORENO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE OVIEDO, CONDE DE NOREÑA, CABALLERO COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

*A nuestros venerables hermanos Dean y Cabildo de nuestra santa Iglesia Catedral, Reverendos Párrocos y Eclesiásticos de la diócesis, y á nuestros amados hijos los fieles de la misma: Salud en nuestro Señor Jesucristo.*

**A**l encargarnos del gobierno de la Iglesia que Dios en sus adorables designios ha puesto á nuestro cuidado, y al vernos en medio de la amada grey que el Espíritu Santo nos encarga regir y apacentar, no podemos menos, venerables hermanos y amados hijos, de levantar, llenos de temor y esperanza, nuestras manos al cielo, y despues de rogar humildemente al Padre de las misericordias derrame sobre nuestra alma las gracias necesarias para el buen desempeño de nuestro sagrado ministerio, queriendo descubriros desde el principio nuestro

corazon y manifestaros sus sentimientos, os decimos con el amor y la sinceridad de San Pablo: *Y yo, hermanos, cuando vine á vosotros, no vine con sublimidad de palabras y sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros sino á Jesucristo, y este crucificado* (1).

Y á la verdad que esta eminente y sublime ciencia es la mas necesaria en nuestros desgraciados dias, que son muy parecidos á los que describe en su carta el Apostol S. Judas. En ellos, lo mismo que en los nuestros, una multitud de corruptores de la doctrina y de la moral, vomitados por el averno en momentos terribles de indignacion divina, viven entre nosotros, y blasfemando de todo lo que ignoran y enorgullecidos con los conocimientos humanos, cambian la gracia de Dios en lujuria, porque convierten en desenfrenada licencia la ley del Evangelio, que es ley de pureza, guia de perfeccion y escuela de las virtudes (2). En su estupidez y delirio estos desgraciados llegan

---

(1) 1 ad Cor. cap. 2, v. 1 et 2.

(2) Jud., v. 10.

á negar que Jesucristo es nuestro Soberano y Señor, con el fin criminal de entregarse de este modo con mayor holgura á sus desórdenes y liviandades, y lograr con mas seguridad pervertir á los fieles, desmoralizar á los pueblos, y destruir á la sociedad por sus mismos cimientos.

Contra tan grave mal no queda otro recurso á los que con mision divina debemos velar por la salvacion de vuestras almas, que el avisaros á grandes voces, y sin cesar, el inminente peligro que correis, y enseñados por el mismo San Pablo, exhortaros con oportunidad ó sin ella á que combatais por la fe, defendiéndola en vuestros corazones de los ataques que le dirijen sus manifiestos ó encubiertos adversarios, para que se conserve en vosotros con la vida y la accion, con todos los nobles y santos sentimientos que ella supo escitar en nuestros padres. En todas ocasiones, pero con especialidad en momentos de prueba y de conflicto para la nacion, hicieron ver con el heroismo é hidalguía de su sólida y verdadera piedad, lo que vale, lo mucho que á los Reyes y al Es-

tado interesa el catolicismo y la religiosidad de los pueblos.

Esta idea, y el recuerdo de innumerables hechos gloriosos de la historia que la confirman, nos animan y nos consuelan. No podemos ni por un instante temer que en Asturias, en esta afortunada provincia que, respondiendo á la voz que en los campos de Canga diera el ínclito é inmortal Pelayo, sirvió un siglo de salvacion de la monarquía y nacionalidad española, puedan en el XIX dejarse arrebatarse el precioso tesoro de la fe católica, ó prostituirse hasta el extremo de celebrar degradante alianza con los abominables errores y perniciosas máximas de la impiedad.

¡Ah Dios santo! Lisonjeados con esta esperanza os decimos con el real Profeta: *Domine, non confundar, quoniam invocavi te*. Confiadamente esperamos en nuestro Dios misericordioso, que propicio á nuestros ruegos se dignará esterminar en nuestra Diócesis á los pérfidos enemigos de la verdad. Urjidos por la caridad y fuertemente apremiados por nuestro deber, levantamos hoy contra ellos nuestra autorizada

voz, y con la seguridad de que, si desoyéndonos persisten en su iniquidad, les cabrá una suerte parecida á la desastrosa que sufrió el impío consejero del desnaturalizado Absalon, el pérfido Arquitofel, les decimos: *Erubescant impii, et deducantur in infernum. Muta fiant labia dolosa.* Avergüéncense los impíos, y sean conducidos al horrible lugar de la espiacion eterna. Enmudezcan para siempre los labios engañosos, para que no se oiga en Asturias ni en los demás pueblos de nuestra Diócesis el eco pavoroso de la incredulidad é irreligion.

Nuestra alma se estremece, amados hermanos, al pensar en la posibilidad de que uno solo de vosotros se deje seducir y engañar. No os sucederá tamaña desgracia si teneis presente que los que se separan de la doctrina de Cristo, desiertan de la fe y se apartan de la caridad, que tanto y con tan grandes instancias inculca el Evangelio, aun en esta vida pierden á Dios, el cual deja de ser para ellos Padre, amigo amoroso y omnipotente guardador. Así nos lo enseña el Discípulo amado: *Omnis qui recedit, et non permanet in doctrina*

*Christi, Deum non habet*; y siendo todo amor y dulzura, y el Apostol por escelencia de la caridad, para evitar el contagio de este gravísimo mal, previene á los fieles que no admitan en sus casas, ni siquiera saluden á los que enseñen otra doctrina, desprecien, impugnen ó calumnien la de Jesucristo (1).

Si lo que acabamos de esponer no es bastante para ponderar como se merece la gravedad del crimen abominable de la apostasía, con el que los sectarios del error quisieran ver asquerosamente empañadas las glorias de la católica España, recordad con el Apóstol San Judas la conducta que el Señor observó con su pueblo escojido y los ángeles rebeldes, y podreis con vuestro buen juicio inferir cuál será su modo de obrar con los prevaricadores de la fe católica. Sorprende el leer en la Sagrada Escritura los prodigios, los milagros, las estupendas maravillas que el Señor obró para sacar al pueblo hebreo del Egipto, y libertarle de la ominosa esclavitud en que vivia. Mas estas repe-

---

(1) 2 Joan. vv. 9 et 10.

tidas demostraciones de bondad y misericordia infinita de Dios, se convierten en actos terribles de su inexorable justicia cuando, resistiéndose á creer en el que por medio de Moisés le prometia conducirle á la Tierra Santa, ingrato y apóstata quiso volver á Egipto. Todavía mas liberal, misericordioso y omnipotente que con los israelitas se ha mostrado el Hijo adorable de Dios con los que, redimiéndolos á costa de su preciosa sangre del cautiverio del pecado, los salva por la fe y el bautismo. En proporcion de la imponderable bondad que usara con ellos, llamándolos, sin merecerlo, á su Iglesia, á la participacion de sus Sacramentos y al goce de bienes espirituales, será la justicia con que castigará la execrable iniquidad de su desercion de la fe para hacerse infames adoradores de la bestia del error y de la maldad, que es su imagen. Ellos beberán del vino de la ira de Dios, y serán atormentados con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero (1).

---

(1) Apoc. cap. 14, v. 10.

No debe estrañarse el justo rigor con que nuestro buen Dios trata á los que abandonan el Evangelio y se apartan de la verdad, cuando se observa, se medita, y con la seriedad que merece el gran negocio de la salvacion de nuestras almas se reflexiona sobre la suerte desgraciada de los ángeles rebeldes. Criados estos nobilísimos espíritus en gracia, para vivir en los cielos y brillar en la gloria con los resplandores que les prestaba la luz inaccesible de la Divinidad, en el momento mismo en que osaron rebelarse contra su Dios perdieron su principado, fueron para siempre arrojados del empíreo, y atados con cadenas eternas é indisolubles los tiene la Justicia divina reservados en la carcel de espantosa oscuridad para el juicio del gran dia, de aquel dia en que tendrán su debido complemento las penas que padecen desde el instante fatal de su prevaricacion. Dia de angustia y de cruel desesperacion para Luzbel y sus secuaces, así como de gozo y de indecible alegría para los justos, y que San Juan describe diciendo: *Mas ha llegado tu ira, y el tiempo de ser juzgados los muertos, y de*

dar el galardón á tus siervos los Profetas y los Santos, y á los que temen tu nombre, pequeños y grandes, y de esterminar á los que inficionaron la tierra (1).

Ahora bien, venerables hermanos y amados hijos, el Señor, que tan admirable y sábiamente justiciero se ostenta con los ángeles apóstatas, no puede dejar de serlo con el hombre, que despues de lograr la gracia de conocerle y la dicha sin igual de ser en Jesucristo y poderse llamar con propiedad hijo suyo, impío renuncia su fe, abandona la religion verdadera, se aparta de la santa Iglesia católica por seguir errores que lisonjean sus desenfrenadas pasiones, ó pueden proporcionarle entre los malvados un nombre que, aunque se vea esculpido con letras de bronce sobre el duro marmol que cubra su espantoso sepulcro, no tendrá mas duracion en la memoria de los vivientes que lo que tarda en disiparse el humo arrebatado por el viento, pues escrito está: *Et memoria illorum peribit* (2).

---

(1) Apoc. cap. 11, v. 9.

(2) Sap. cap. 4, v. 19.

No permitais, pues, que los maestros del error con los pomposos dictados con que se disfrazan, ó con las galas que una brillante imaginacion proporciona á veces para cubrir la mala y perversa doctrina, ó con el abuso de sus luces y talentos en el estudio, aplicacion y adelanto de las ciencias, insidiosamente os seduzcan y os engañen. Mirad que sus libros, escritos y discursos, por sabios, amenos é instructivos que parezcan, esparcen tinieblas en lugar de luz, y que en vez de la miel de la verdadera sabiduría, ó mas bien, en espresion de S. Bernardo, en la misma miel de las ciencias humanas, propinan el veneno que corrompe el corazon y cauteriza la conciencia, para que no sienta los estímulos y los remordimientos que pueden con el auxilio de la gracia hacer volver en sí al alma amortecida con el letargo de la culpa. La falta de precaucion con que en nuestro desgraciado siglo se oyen, se leen, se enseñan, se aprenden, aun por el sexo que la Iglesia distingue con el nombre de devoto, doctrinas subversivas y peligrosas en materia de religion, es la causa de la perdicion y ruina

de muchos que, habiendo tenido la dicha de nacer en el seno del catolicismo, se les oye con sorpresa sustentar las mas absurdas aberraciones de la razon, y que cuando ellos y sus familias con los pueblos que han logrado pervertir comienzan á experimentar los desastrosos efectos de sus principios disolventes, exhalan un ¡ay! de desesperacion y de muerte. Bien pudiera entonces preguntárseles con el Rey sabio: *A quién el ay? A qué padre el ay? A quién las rencillas? A quién las heridas sin causa? A quién el enturbiarse los ojos?* (1)

Dejemos á su atormentada conciencia que responda lo que estime conveniente, y cualquiera que sea su contestacion, vosotros, amados hermanos, escarmentados con su ejemplo, conservad cuidadosamente el tesoro de la fe, teniendo presente que ella solo se acredita con obras, y que sin ellas la fe es una virtud que de nada sirve ni aprovecha. S. Pablo es el que así lo asegura con el convencimiento de su grande espíritu y todavía mayor corazon. *Si*

---

(1) Proverb. cap. 23, v. 29.

*yo hablaré, nos dice, lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena y campana que retiñe. Y si tuviere profecía y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber, y si tuviere toda la fé de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviere caridad, nada me aprovecha (1).*

No da gloria á Dios ni nos proporciona provecho espiritual alguno el creer en Jesucristo y confesar los sublimes dogmas de su religion, si la conducta que observamos en nuestras relaciones con nuestro omnipotente Hacedor, con nosotros mismos ó con el prójimo, se oponen á las divinas prescripciones del Evangelio, y nuestras obras por lo tanto no se encuentran animadas por la caridad verdadera. La fe que justifica y que salva es aquella *quæ per charitatem operatur* (2). Por eso al exhortaros con el apostol S. Judas á pelear por la fe, esto es,

---

(1) 1 Cor. cap. 13, vv. 1, 3.

(2) Ad Gal. cap. 5, v. 6.

á que resistais con valor, constancia y sin contemplacion alguna las sugerencias del espíritu maligno, dirigidas á privar á vuestras almas de las consoladoras creencias católicas, debemos deciros al propio tiempo con el Evangelista S. Juan: *Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate* (1).

La religion de Jesucristo, venerables hermanos y amados hijos, esa religion santa que despues de diez y nueve siglos se encuentra con toda la pureza con que descendió del cielo, no consiste solo en palabras, sino tambien y muy principalmente en obras practicadas por la caridad, que es la hermosa reina de todas las virtudes, la que da mérito y valor á sus actos, rectitud y verdad al ejercicio de todas ellas. La fe unida con la caridad, ó sea manifestada por el amor, ó para espresarnos con toda la claridad que exige nuestro ministerio, la religion de palabra y de obra, es la que nos hace conocer que somos de Dios, que es la primera y suma verdad, la que llena de contento

---

(1) 1 Joann. cap. 3, v. 18.

y de paz á nuestros corazones, que no se satisfacen con la simulacion ni con el engaño, y la que con su razonable y majestuoso culto da gloria y honor á Dios, augusto escudriñador del corazon humano. A su vista no se confunde la hipocresía con la virtud real y positiva. El mismo ha querido ser el galardón para remunerar á esta en la eternidad, mientras que hace objeto de su desprecio en esta vida y de su divina indignacion en la otra á la religion puramente de los lábios, á esa esteril religion, demasiado generalizada en nuestros dias, que consiste en hablar mucho de Dios, de su paternal y misericordiosa Providencia, en admirar la belleza del Evangelio y la sublimidad de su divina moral, en referir elocuentemente la influencia benéfica que el catolicismo ha tenido para hacer feliz al hombre, á la familia y á la sociedad entera, y por último, en presentar con los vivos colores de la admiracion y entusiasmo la imagen de cualquiera de esos colosos de la gracia y héroes de la religion que honran á la humanidad, á quienes la Iglesia católica llama Apostol, Virgen, Martir..... Santo, pero sin

cuidarse de que todos estos discursos, razonamientos, descripciones y panegíricos vayan acompañados de la observancia de la ley santa de Dios, del cumplimiento de los preceptos de la Iglesia, de la probidad, pureza de costumbres, oracion, frecuencia de Sacramentos y demás obras de caridad que revelan la sinceridad, el convencimiento y sólida piedad de los que tan grandes y notorias verdades recuerdan, publican y comentan.

Estos cristianos meramente especulativos pertenecen al número de aquellos de quienes el Salvador dijo: *Este pueblo me honra con los labios, mas su corazon está muy lejos de mí.* Funestos y desastrosos son los efectos de esta clase de alejamiento de Dios. En el libro de Job los encontramos consignados con toda claridad y precision. En él se nos dice que los que así viven provocan la ira de Dios, á quien no saben aplacar ni pueden mover á misericordia. Y como si esto no fuera bastante para hacernos formar idea exacta de lo abominable que es la fe simulada, nos manifiesta en seguida cuál es la vida y el fin desgraciado del hipócrita, que es el nombre que

se da á sus sectarios. *Morietur*, añade, *in tempestate anima eorum, et vita eorum inter affeminatos*; la vida de estos infelices es de impureza, de prostitucion y de vergüenza, y su muerte intempestiva, prematura, horrible (1).

Dos son por lo tanto, venerables hermanos y amados hijos, los grandes escollos que los que se llaman y realmente son cristianos deben evitar, para poderse considerar verdaderos hijos de Dios, formar parte de la Iglesia católica, y no perecer en el camino que conduce á la felicidad eterna. El uno es la falta de fe, y el otro la ociosidad é inercia de esta misma fe.

El primero puede con facilidad salvarse, porque en el dia pocos esfuerzos tiene necesidad de hacer la razon del hombre para rendirse gustosa y noblemente á la dulce, suave y amable religion del Crucificado, adorar sus infables, incomprensibles pero consoladores misterios, persuadirse de la santidad de su divina moral, y resolverse á practicar sus admirables y civilizadores preceptos. Con efecto, son tantos

---

(1) Job, cap. 36, vv. 13 et 14.

y tan sabios, luminosos y brillantes los escritos apologéticos y de controversia que han visto la luz pública desde los primeros siglos de la Iglesia hasta nuestros días; es tan palpable el contraste que forman estos, en los que como felices inspiraciones de la razón y de la religión no se encuentra sino un solo dictamen, y se prueba cuanto se propone y anuncia, con los escritos irreligiosos de todas las edades que, siendo el producto de la insuficiencia del espíritu humano y del orgullo, únicamente ofrecen oscuridad, incertidumbre y absurdo, que nuestro entendimiento, prontamente convencido de la verdad que demuestran aquellos y que impugnan los segundos, comprende serle más necesario que el discurrir y raciocinar el entregarse al sentimiento, que es el encantador y persuasivo idioma del corazón.

El nuestro, oprimido al considerar los esfuerzos que hace el averno para descatólizar á los pueblos, se dilata con la dulce esperanza de que por efecto sin duda de una especial providencia de Dios y del patrocinio de la Virgen Santísima, concebida sin mancha del pecado

original, en nuestra España el catolicismo, que es al que debe sus mayores glorias, será siempre su única y exclusiva religion. Esto no obstante, amados hijos, deber nuestro y muy sagrado es, conociendo el peligro de seduccion que correis, el recordaros en voz muy alta la urgente precision que tienen los buenos cristianos de valerse de los eficaces preservativos del error y de la impiedad que la Iglesia tiene entre los admirables remedios con que cuenta para atender á todas las necesidades y dolencias del alma. El riesgo de perecer á que esta se encuentra espuesta, si los desprecia, es semejante al en que se halla el que duerme en medio del mar, ó al piloto adormecido, perdido el timon, como de los ebrios dijo el mas sabio de los reyes (1).

Bien persuadidos estamos de que entre nuestros queridos diocesanos no hay uno que desatienda esta exhortacion, que con el interés de padre les dirigimos. Nuestro ardiente deseo es que ninguno de ellos se vea privado del don

---

(1) Prov. cap. 23, v. 34.

inestimable de la fé, y de una fé que, puesta en accion por el impulso de la caridad, los justifique y los llene de paz del alma, de esperanza de la gloria, de magnanimidad y gozo aun en las tribulaciones y trabajos, de confianza en Dios en los peligros, contradicciones y adversidades, y por último, de un perfecto amor de Dios y del prójimo, que es el cumplimiento de la ley, y lo mas elevado de la perfeccion cristiana.

¿Es esta, venerables hermanos y amados hijos, vuestra fe? ¡Ah! si lo fuese, con cuánta alegría de nuestra alma, al saludar por la vez primera á nuestra amada Iglesia de Oviedo, le diríamos como el Apóstol San Juan á aquella piadosa matrona á quien dirigia su segunda carta: *Gavisus sum valde, quoniam inveni de filiis tuis ambulantes in veritate*; mucho me he gozado porque he hallado que tus hijos andan en verdad por la pureza de su fe y la religiosidad de sus costumbres. Mas si, lo que nos haria sentir continuo dolor en nuestro corazon, hubiera entre vosotros algunos de quienes por sus extravíos, y lo que Dios no permita, por su irreligiosidad, no pudiéramos espresarnos en térmi-

nos tan consoladores, que mediten muy despacio nuestra amorosa exhortacion; que mientras tengan tiempo se aprovechen de la gracia que nos ha sido dada por aquel misericordioso Señor, que para promover vuestra felicidad' espiritual nos envia á vosotros con igual poder y autoridad con que él mismo para salvar al mundo fue enviado por su Eterno Padre; que trabajen sin levantar mano en obrar su justificacion, removiendo por su parte los obstáculos que se opongan al ejercicio de las virtudes, y sobre todo de la fé, que les hará aborrecer lo malo, obrar el bien, los moverá á amarse con amor fraterno, á ser pronto para lo bueno y fervorosos en el servicio de Dios. Nada os detenga en el camino de la virtud ni os impida el recurrir á Nos cuando creyéseis necesaria nuestra cooperacion y ayuda, pues todo nuestro deseo, lo único que con ansia anhelamos y á lo que aspiraremos toda nuestra vida, es el poder en el último instante de ella decir á Dios, á imitacion de Jesus: *De los que nos diste, á ninguno de ellos perdí* (1). En prueba de este nuestro sincero amor

---

(1) Joan. cap. 18, v. 9.

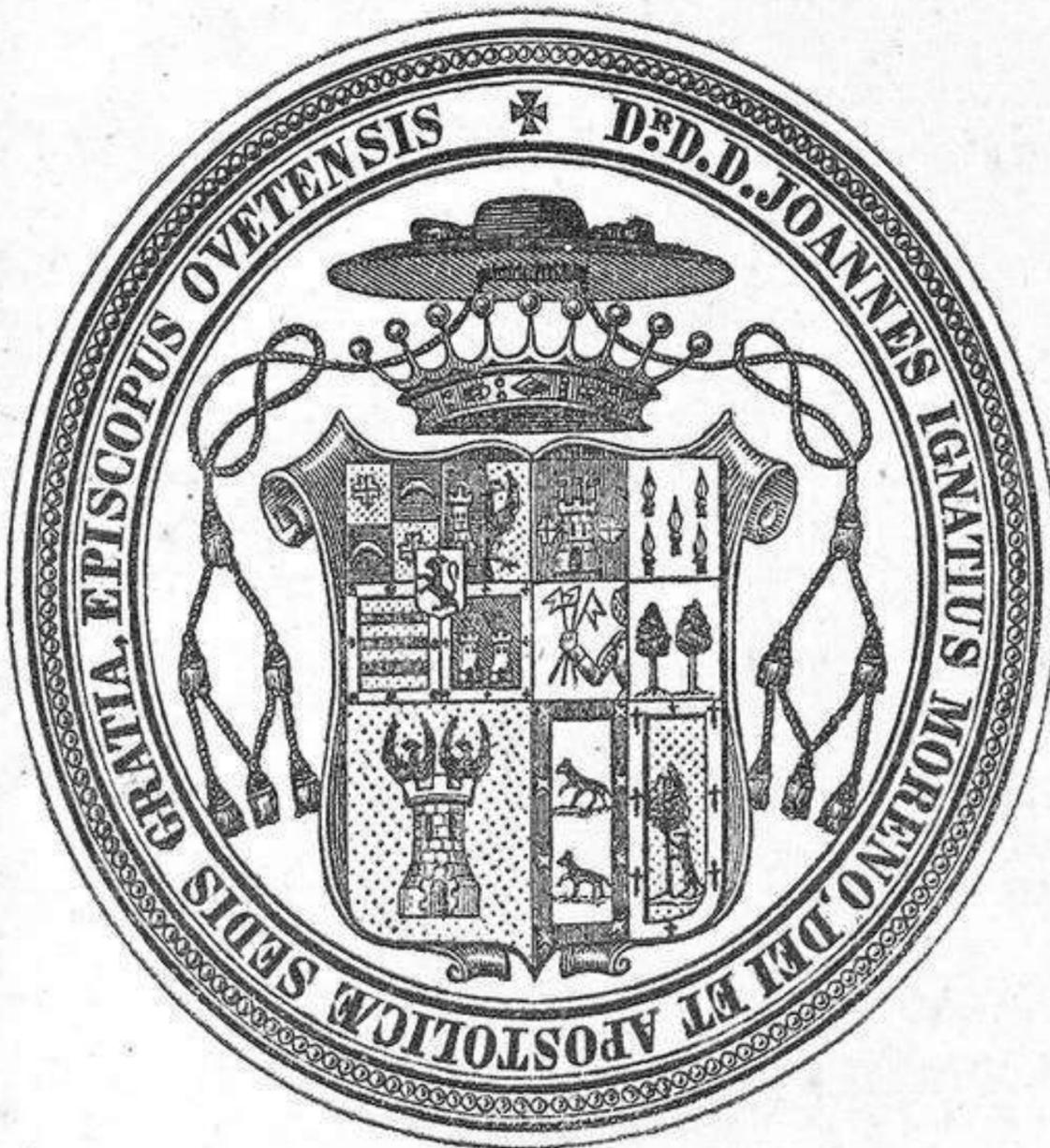
recibid la bendicion que á todos os damos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Oviedo á 24 de enero de 1858.

Juan Ygnacio, Obispo de Oviedo.

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor,

*Dr. D. Cesáreo Rodrigo,*  
Secretario.



recibid la bendicion que á todos os damos en  
el nombre del Padre y del Hijo, y del Espiritu  
Santo. Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Oviedo  
á 2 de enero de 1858.

Juan Pizarro, Obispo de Oviedo.

Por mandado de S. E. el Obispo de Oviedo.  
D. D. Antonio Rodríguez  
Secretario.

